

LA HIBERNACIÓN

Estamos acostumbrados a considerar una sola alternativa en el mundo animal, en el que, queramos o no, estamos incluidos, y que constituye la constante que define nuestro paso por la Tierra: vivir o morir. Existen, sin embargo, una serie de hechos, de experiencias particularmente inexplicables y confusas, que nos obligan a reconsiderar esta alternativa y a preguntarnos si no existirán estados intermedios entre estos dos extremos que son la vida y la muerte.

Desde los trabajos de Spallanzani, pasando por los de Rahm y Becquerel, hasta llegar a las modernas técnicas de conservación de la vida, han transcurrido apenas doscientos años. Doscientos años de apretada historia del esfuerzo del hombre para encontrar una respuesta a su angustioso interrogante; una respuesta que comienza a vislumbrarse como posible. Respuesta a plazo inmediato, que podemos cifrar por el año 2050 aproximadamente, pues, aunque se nos pueda tachar de optimistas, estimamos que la plenitud de la hibernación —término que expresa la detención de la vida mediante el frío— tendrá efecto en los alrededores del año 50 del segundo milenario. Y lo máximo que puede ocurrir es que erremos por defecto, es decir, que se produzca mucho antes.

Las famosas experiencias de Rahm, manteniendo seres vivos a temperaturas cercanas al -273° C, demuestran que la hibernación tiene muchos más visos de verosimilitud de lo que parece.

En efecto, el famoso investigador colocó animales desecados en tubos herméticamente cerrados y llenos de hidrógeno, helio y argón, sometiéndolos a temperaturas del orden de los 272 grados centígrados bajo cero durante períodos de tiempo variables. El resultado obtenido fue que, recalentados progresivamente y humedecidos con cuidado, retornaron a sus actividades normales.

Cierto es que los animales empleados en la experiencia eran animales inferiores, rotíferos, nemátodos y tardígrados. Pero estos seres son seres vivos organizados y con un metabolismo que determina la esencialidad del concepto de vida. El metabolismo no representa sólo un aspecto sensible de la vida, sino que es condición indispensable. Si falta el metabolismo, desaparece la vida y comienza el proceso de putrefacción inherente a la muerte.

Y el metabolismo, para cumplirse, precisa unas condiciones químicas y físicas de tipo mínimo para desarrollarse en toda su amplitud. A temperaturas del orden del cero absoluto, -273° C, no puede explicarse por qué el metabolismo de algunos seres vivos no se detiene y provoca, por lo tanto, la muerte.

Esta reanudación de las funciones vitales, que nos repugna calificar de «resurrección», podría etiquetarse con un nombre que reuniera a la vez el concepto de vuelta a la vida y de reanudación de los procesos vitales ininterrumpidos. Es decir, una perfecta asociación de resurrección y reviviscencia, que podríamos denominar *anabiosis*.

Luis **MIRAVITLLES**: *Visado para el futuro*.
Biblioteca Básica Salvat.